

*Cristóbal Colón*, sin duda por su fuerte textura y voluminoso cuerpo.

Esta mujer incomparable conmovida al comprender el motivo de tan acerbas penas, toma resueltamente un balde, salva la trinchera, baja al río expuesta á los tiros de ambos combatientes, llena la vasija, y cuando creíamos que había muerto, la vemos ascender á la trinchera con aire de triunfo, y descender de ella con varonil imponencia á ofrecer el líquido conseguido con riesgo inminente de su vida.

Este acto de supremo valor ejecutado con serenidad incontrastable por una tosca mujer del pueblo, merece la pluma de un Posada Gutiérrez ó el pincel de Alberto Urdaneta. Verdaderamente hay acciones que revelan que dentro del pecho de una mujer, sin atractivos físicos, puede latir un corazón de ángel. Si de Carlota Corday dijo Lamartine que podía llamarse el ángel del asesinato, de esta heróica mujer podemos decir que en aquel momento fue el Ángel del amor cristiano, de ese mismo amor que incendió con purísimas llamas los corazones de San Vicente de Paúl y de San Pedro Cláver.

Los soldados están haciendo un sacrificio superior á sus fuerzas, y como la posición lo permite, muchos de ellos al inclinar la cabeza para apuntar se quedan allí dormidos. ¡El sueño les oculta el peligro, pero cuántos pasarían del sueño de la vida al de la muerte!

Temiendo que los proyectiles se nos agotaran, había mandado desde la mañana varios Ayudantes á pedirlos. Ni éstos ni los pertrechos llegan, á tiempo que el enemigo hace esfuerzos formidables por apoderarse del puente.

Esfuerzos inútiles, apesar de que lo intentan más de 3,000 hombres contra 150 bravos que quedan de 205 que entraron al combate (1).

Como queda ya insinuado en la descripción del terreno, las trincheras nos sirven de muy poco; por que nuestros contendores podían hacernos y nos hacían mucho daño con dos guerrillas de buenos tiradores que situaron en las eminencias que nos dominaban y enfilaban por los flancos de mi posición, parapetados detrás de murallones naturales de piedra; de modo que con una sola bala herían á varios de mis soldados.

Las cuatro y media p. m. serían cuando el 2.º Jefe del "Vencedor", valeroso Mayor Belisario Villamil, queda fuera de combate.

El Capitán José M. Madrid, que fue respetado por las balas en el memorable campo de Enciso, el 15 de Marzo de 1895, apesar de

(1) Por si alguno juzgare que exajeto en cuanto al número de combatientes que amenazaban tomar el puente que defendíamos, dejo hablar á los Generales revolucionarios Pedro Rodríguez, Justo Durán y á otros Jefes, quien en un escrito titulado *Héroes de Perulouso*, que publicaron en Cúcuta el 19 de Diciembre de 1899, refiriéndose á Uribe Uribe y sus compañeros, dicen: "Este primer puñado de valientes fueron seguidos por todas las Divisiones del Ejército que en alud formidable arrollan al contrario". Nota del autor.

ser de los primeros que entraron á aquella plaza conmigo, cae con las dos piernas atravesadas por un proyectil, regando con su sangre el campo de batalla.

Quien como Madrid atestigua en dos ocasiones solemnes su abnegación y arrojo, bien merece que se le enumere entre los valientes, y se le presente como modelo digno de ser imitado por los defensores de las grandes causas.

El Capitán Rafael Castrillón se inmuta, tiembla en el campo de batalla, no sé si por temor ó por entusiasmo; pero es lo cierto que cumplió su deber satisfactoriamente, lo mismo que el Subteniente Delio Atehortúa. Ambos desaparecieron sin que se sepa la suerte que han corrido. Quizá fueron arrojados al río después de muertos, como lo fue aquel hermoso niño de apostura militar, que sin salir aún de la adolescencia, ya ofrenda su vida en aras de la Patria y deja con orgullo á la Historia el nombre de CARLOS UPEGUI C. [que así llamaba este joven], como el de un mártir del deber. Su padre, el Mayor Upegui, lucha al lado de su hijo, lo ve espirante, acribillado de balazos, pero ahoga la pena por atender á los deberes para con su causa.

El Comandante José Miguel Pérez, Médico del Batallón, hace lo que debe como empleado de la ambulancia, vendando los heridos en el mismo campo, y cuando ya está libre de sus faenas, preocupado por la suerte de su patria, toma el rifle y pelea como soldado.

El Sargento 1.º, Luis Vásquez, y los segundos Antonio J. Gnarín, Antonio J. Ríos, Esmarádo Cuervo y el Cabo 1.º Alejandro Zabala, mueren los primeros y el último queda herido, escribiendo todos ellos con la punta de sus bayonetas y con la sangre de sus propias venas la protesta contra quienes sin provecho alguno para su patria, la anegan en lágrimas y sangre.

El combate continúa recio como antes. Lleno de asombro oigo un toque de corneta mandando cesar el fuego. Es de la Comandancia en Jefe. Y considerando que el oído me engaña, absténgome de hacer repetir el mismo toque, y el fuego no es interrumpido en mi línea de batalla.

Pero entre tanto la gente se acaba y los pertrechos se agotan; más de 150 de mis compañeros están tendidos en el campo. Ni los ayudantes, ni los auxilios pedidos parecen. El enemigo tiene que notarlo por las pocas detonaciones. En efecto, pocos momentos después pasa el puente por que ya no hay con qué hacerles resistencia.

La obra está terminada con la satisfacción de haber hecho lo que debíamos en este día fatal. Nos quedaba también aquello que le quedó al vencido en Pavía, después de perderlo todo: el honor.

Esta relación tiene por objeto: 1.º Hacer oír una voz siquiera que desbarate, con la autoridad de quien ha presenciado una parte de los acontecimientos, esa máquina de falsedades inventadas por algunos Jefes de la revolución, quienes han tratado el combate de "Peralonso" con marcada prescindencia de la verdad histórica; 2.º Dejar sincerada mi conducta como Jefe militar á quien se con-

La fábrica de los tales aceros y la de los nuestros es la misma y una la familia de los que los empuñan. Si las espadas liberales han producido relámpagos sobre nuestras cabezas, en más de una ocasión las nuestras han hecho temblar á nuestros contendores.

Continúa el General Uribe Uribe: "500 prisioneros, entre ellos 5 Generales, 300 cajas de parque y 1,200 fusiles, denotan la magnitud de la victoria". Pero los Generales Rodríguez y Durán lo desmienten en parte, agrandando esa magnitud, por que afirman que fueron 800 los prisioneros, más de 2,000 los fusiles y 160 cargas de parque. También lo desmiente un Jefe de Estado Mayor, quien dirigiéndose á un General Benjamín Herrera, le dice en el parte fechado el 19 de Diciembre, entre otras cosas: "El Ejército de la Dictadura montaba á 9,000 hombres". Y más adelante habla de "900 prisioneros". Firma al pie de este documento curioso el Sr. Rogelio López, quien, por lo visto, quiso ver en el Ejército del Gobierno más número de gente que el que llevó Jerges á las Termópilas para parecer él un Leonidas.

Rodríguez y Durán dicen en una publicación, parodiando una Proclama de Uribe Uribe: "Las aguas del Zulia arrastran centenares de cadáveres de los enemigos de la Libertad en Colombia, y sus ondas enrojecidas por la sangre, van al mar pregonando nuestro triunfo". Pero como el Zulia llevó sangre de rojos y azules, debe deducirse que en Colombia todos somos enemigos de la Libertad y de la República.

Y si es que el Zulia trasmite noticias en sus ondas, habrá llevado al mar la de los que pagan caro su cobardía, recibiendo de una mujer un pistoletazo, antes de ser ahogada por un Jefe revolucionario. Episodio que tuvo lugar el 17 de Diciembre de 1899. Esa mujer era una negra altanera como lo es el pueblo antioqueño, en cuyas montañas nació.

Por último, el 20 de Diciembre, el Jefe de Estado Mayor General del Ejército de Durán, le dice, entre otras cosas, en el parte que le da de la batalla: "A las doce de la noche el enemigo intentó un asalto sobre el puente, y fue rechazado heroicamente". Esto no fue cierto, y me atrevo á suponer que quien lo escribió pudo ver ese asalto en un sueño que debió de ser honoroso; cuando el 20, es decir, cuatro días después del combate, todavía no había podido arrancar de su imaginación las sombras fatídicas de esos asaltantes, que puede jurarse no fueron de carne y hueso.

El 15 en la tarde entró á relevar las fuerzas del bizarro General Ramón González Valencia, y no es cierto que nosotros en la noche atacáramos el puente que nos pertenecía en el lado derecho, como lo asegura el autor Mannel Lopeira. No sé cómo es que para la Historia mienten con tanto descaro.

No quiero dar por terminada mi tarea sin poner al corriente á mis conecidudadanos de Antioquia, de la honda impresión que me ha producido, á mi regreso de Cúcuta, la vista de los campos y ciuda-

fió un puesto que tuve que ceder cuando me faltaron los hombres y las municiones que necesitaba para defenderlo, y cuando con la mayor parte de mis compañeros quedámos fuera de combate, heridos y en poder del enemigo; y 3.º Señalar al verdadero responsable de aquel desastre.

Han trascurrido ocho meses desde aquel desgraciado hecho de armas, y todavía no se sabe el objeto con que se empeñó esa lucha tenaz de tomar unos y otros el puente de "La Laja". Nuestros contrarios bien podían estar halagados por las ventajas que el terreno les ofrecía para causarnos bajas. En cuanto á nosotros, nuestro Jefe pudo ordenar que se hiciera de ese puente lo que hubiera querido: si sostenerlo, enviándome los auxilios que le pedí; si abandonarlo, disponiendo que se protegiera oportunamente mi retirada; si destruirlo, ordenarlo; pues yo estuve en posesión de él hasta las cuatro y media p. m., y en uno de sus extremos se sostuvo una avanzada á órdenes del Capitán Madrid y del Subteniente Juan B. Arenas, quien á brazo abierto, con su espada en la mano, luchó hasta caer en poder de sus adversarios, llenándolos de admiración por su arrojo temerario.

Para sostener el puesto y atajar ese "alud formidable", hubieran bastado los cincuenta hombres que me quedaban, suficiente-mente provistos de pertrechos. ¿Porqué no se enviaron? Para abundancia de seguridad pudieran haberse mandado cien hombres bien equipados que lo hubieran defendido todo el resto del día. Al siguiente hubiéramos obtenido la victoria por la falta de municiones que es natural suponer agotadas en el campo enemigo, y por el desaliento producido por las pérdidas personales que ha debido sufrir.

En vez de ésto se ordenó la retirada de cuerpos del Ejército que no habían disparado un sólo tiro, cuando los soldados del "Vencedor" de Antioquia habían estado un día y una noche peleando sin cesar y sin que se le relevara.

Caiga la vergüenza y el deshonor, así como las terribles consecuencias que se han seguido, sobre el Jefe que ordenó esa cobarde retirada, y la emprendió primero, según se me ha informado, dejando acéfalo el Ejército; en vez de ponerlo antes bajo la dirección de un González Valencia ó de un Zuluaga, cuya pericia y valor no sólo hubieran evitado el desastre, sino obtenido espléndida victoria, para lo cual todavía sobraban elementos.

Cínico descaro es querer atribuir, como se pretendió por algunos, la pérdida de esa jornada á los Ejércitos de Antioquia y Cauca, que fueron casi los únicos que pelearon en aquel día. Para confundir á nuestros detractores, bastará decirles, y ellos no podrán negarlo, que la mayor parte de las víctimas que perecieron en esa sangrienta hecatombe pertenecían á dichos Ejércitos. Cayeron sí, pero honrosamente cooperándose á la altura del importante papel que se les asignó. ¡Llor y gloria para los que así sucumbieron!

Averiguando después quiénes eran los responsables de la derrota y de que no se me auxiliara en oportunidad, se me dijo que el General Holguín, como Jefe de Estado Mayor General cumplía su deber en el día 16 que llegó al campo de batalla, que le rogó al General Villanizar que me reforzara y que éste le contestó que el panteón estaba bien defendido. Efectivamente, estaba bien defendido por 50 soldados que quedaban de más de 200 que entraron en combate, muchos de los cuales sin salir de la adolescencia, ya eran héroes que se sacrificaban por la Patria, defendiendo orgullosos el estandarte de la República que flotaba sobre cadáveres. Sí, estaba bien defendido porque todos ellos iban á morir sin abandonar cobardemente su puesto, y á dar ejemplo de cómo se defiende una causa santa. Cayeron gloriosamente empapados en sangre, pero nó sin que antes temblara el monstruo revolucionario.

La derrota se debe, vuelvo á repetirlo, exclusivamente al General en Jefe del Ejército de Santander, doloroso es decirlo, bien por ineptitud, bien por cobardía. Los demás Jefes, con algunas excepciones, cumplieron su deber.

Nuestros enemigos, en la embriaguez del triunfo, que vino á sorprenderlos, puesto que lo habían obtenido puramente por los errores de nuestro Jefe, emprendieron la modesta tarea de probar que él se debía esclusivamente á los talentos militares de varios de sus caudillos, y agotaron su ingenio para pregonar en partes y proclamas su propio coraje y sus napoleónicos alcances militares.

Como en estos documentos se ultraja descaradamente la verdad, quiero antes de terminar, hacerles algunas observaciones tendientes á rectificar errores, que pueden ocultar á los ojos de futuros historiadores la luz que han menester para desempeñar su justa misión.

Comenzaré por el General y Dr. Uribe Uribe, quien en la Proclama dirigida á sus soldados el 17 de Diciembre de 1899, les dice: "Luchasteis contra 7,000 hombres del enemigo, y los vencisteis." Muy bien, mi General, era absolutamente preciso que Ud. les dijera que habían vencido, por que ellos no lo sabían y Ud. apenas lo creía. Cargó muy poco la mano al informar á los suyos sobre el número de los que pelearon y fueron vencidos: pues apenas multiplicó su verdadero número por cinco, en vez de hacerlo por número mayor: pero conviene que se sepa que el número de combatientes de parte del Gobierno en el combate de "Peratonso", fue de 1,500, próximamente dirigidos como queda probado. Los 3,500 otros se retiraron sin pelear.

Continúa Uribe Uribe "y los que en su impedimento llevaban diez y seis cargas de lazos para amarrarnos, esos saben ya cuál es el temple de los aceros liberales y de nuestra energía". Aunque era tan justo y conveniente amarrar revolucionarios, no es cierto que lleváramos lazos, por la sencilla razón de que no teníamos en qué; pues muchos de nuestros oficiales andaban á pie y hubo que dejar cargas de parque por que no teníamos bagajes. Eso del temple de los aceros liberales no pasa de ser una pretenciosa necesidad.

des del Departamento de Santander, antes ricos y florecientes, invadidos hoy por una desolación espantosa y una miseria inmensa.

Dos Ejércitos numerosos han recorrido esas antes bellas comarcas, paseándose de Sur á Norte y de Norte á Sur, convirtiendo sus prósperos cultivos en malezales desiertos, y muchas de sus ricas poblaciones en ruinas solitarias.

El monstruo de la guerra ha hecho salir de sus guaridas á esos chacales de figura humana, para lanzarlos con el nombre de guerrillas sobre víctimas inocentes é indefensas, y de un pueblo industrioso y valiente ha querido formar un corral de fieras sedientas de destrucción y de sangre.

El pillaje del Ejército revolucionario no se ha fijado en color político, y allí la riqueza ha sido destruída sin misericordia.

Aquél gran pueblo volverá sobre sí en día no muy lejano, cuando venga la paz; esa paz que tanto anhela. Entónces sabrá con recto y sereno criterio distinguir á los verdaderos autores de tantos males para volverles la espalda, para no oír sus cantos de sirena y para cebarles en cara sus instintos de destrucción.

Pronosticar, pues, lo que en política será el Departamento de Santander en el porvenir, es tarea fácil. Su población compuesta casi en su totalidad de gente sencilla y sumisa, creyente y abnegada, ha sentido en esta vez, más que ninguna otra en Colombia, el chasquido del látigo de la revolución sobre sus espaldas.

Yo he sido testigo presencial de la prisión de sacerdotes venerables; de los insultos insolentes que entre risas sardónicas han lanzado los foragidos invasores contra matronas respetables; de las imprecaciones de muerte dirigidas por esa soldadesca impura á las familias que no pertenecen á su comunidad política. He visto con tristeza y horror arrestar en los hospitales con centinelas de vista á las Hermanas de la Caridad, á esas santas mujeres que no tienen otro delito que hacer el bien de la humanidad; he visto muchas caras angustiadas por que esa revolución insensata les ha arrancado lo mucho ó poco que tenían para el sostenimiento de la vida, sin distinguir á rojos ó azules, colombianos ó extranjeros; he visto en los caminos por donde he transitado á los leprosos de los lazaretos que salen á buscar el alimento que necesitan, abandonando el lugar donde estaban aislados, porque los revolucionarios cebaron el pan con que se sostenían, consistente en una gran suma de plata que tenían disponible en Cuenta; he visto reclutar soldados y encerrarlos en un cuartel, donde no les daban ración oportunamente, y teníanlos los prisioneros que partir con ellos el pan que por caridad nos suministraban las familias conservadoras; he visto hacer circular billetes emitidos, por los que más han predicado contra esa medida, obligando que se reciban hoy para declararlos mañana sin ningún valor; he visto en los caminos charcas de sangre de infelices prisioneros que han sido heridos de muerte ó asesinados inicuaente por el machete de jefes revolucionarios. Y todo esto que he visto, y mucho más que no digo por no cansar á los que me lean, lo ha visto y lo ha hecho ese que se llama Partido Liberal

Revolucionario de Santander, á quien apelo para que me desmienta.

Ese pueblo altivo é inteligente debe haber hecho ya la comparación de los dos Ejércitos que se han batido en duelo á muerte en su territorio, y debe saber ya cuál merece llamarse en adelante defensor de sus creencias religiosas, del orden y de la justicia en Colombia [1].

Sébase que todo esto que digo no me lo dicta el más pequeño sentimiento de odio, pasión que nunca ha tenido cabida en mi corazón. Apesar de haber sido escogido por mis adversarios como víctima expiatoria, no los aborrezco y nunca cometeré contra ellos la repugnante indignidad de calumniarlos en masa ni en detal.

Esto lo he demostrado siempre y lo seguiré probando en adelante, por que siempre he pedido á Dios resignación para soportar los ultrajes y valor para arrancar de mi alma todo deseo de venganza.

Para que no se crea que esto lo digo por debilidad, sébase también que siempre he protestado con dignidad y con el valor que da la razón contra todas las iniquidades, aun en medio de las bayonetas enemigas.

De mis enemigos políticos nada temo, nada he temido y nada espero.

(1) Afortunadamente este duelo ha tenido ya su desenlace favorable para las armas del Gobierno en los gloriosos campos de "Lebrija" y "Palonegro", donde quedó humillado y vencido el Ejército revolucionario por las huestes legítimistas, organizadas por el esperto y abnegado General Casabianca, y dirigidas por el invicto y esclarecido General Próspero Pinzón, honra y prez de las armas colombianas.

